

José Guilherme Merquior: el esgrimista liberal

Enrique Krauze

Una vieja y noble tradición latinoamericana revivió en México por un par de años con la presencia de José Guilherme Merquior: la de los hombres de letras como embajadores. Aunque en nuestro país la costumbre data del siglo XIX, no fue sino hasta la Revolución cuando América Latina se volvió, para nosotros, una zona de privilegio diplomático. Con la designación de Amado Nervo como representante en Uruguay o la de Enrique González Martínez en Chile, el gobierno de Carranza comenzó la práctica que Vasconcelos convertiría en tradición. Luego de aquel memorable viaje de 1922 por los futuros territorios de su raza cósmica —Argentina, Brasil, Chile y Perú—, el caudillo y su cauda, la plana mayor del Ateneo, tenderían un puente cultural de dos direcciones entre aquellos países y el nuestro. México, como se sabe, mantuvo por varios años a Alfonso Reyes en la representación ante Brasil y Argentina. Chile fue, tal vez, el país que mejor correspondió a nuestra iniciativa: nos envió a quienes serían, a la postre, sus dos premios Nobel: Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Por su parte, Brasil pagó su deuda sesenta años después, designando para su embajada mexicana a uno de sus pensadores prominentes: José Guilherme Merquior.

Era muy joven cuando llegó a México: tenía 46 años; pero lo parecía aún más. Había algo de inquietud estudiantil en su actitud, un entusiasmo, una alegría intelectual en la que parecía resonar su paso por las aulas universitarias europeas de los sesentas y setentas. Su rostro y su sonrisa no eran sólo juveniles sino casi infantiles, y esta característica resaltaba aún más cuando, por contraste, Merquior discutía sobre su tema favorito: la historia de las ideas. Era difícil sustraerse al pasmo de ver a aquel joven de apariencia cándida transitar con la mayor naturalidad por toda la tradición intelectual de Occidente como quien pasea por un bosque frecuentado mil veces. Se entiende que Raymond Aron, el mayor liberal francés del siglo y uno de sus grandes maestros, haya exclamado al conocerlo: "Pero si este joven ha leído todo".

Aron no se equivocaba. La biblioteca de Merquior era una especie de Alejandría itinerante, construida a través de un cuarto de siglo. Cada estación académica había dejado huella: su bachillerato en Ciencias Jurídicas y su licenciatura en Filosofía —ambos en Brasil—, y sus dos notables doctorados: el de Estudios Latinoamericanos en La Sorbona, y el de Sociología en la London School of Economics, dirigida entonces por Ralf Dahrendorf. Durante los sesentas, Merquior acudió por cinco años al seminario de Lévi —Strauss en el College de France. Su tutor en Inglaterra fue una *rara avis* en el mundo académico inglés: el filósofo social Ernest Gellner. Para entonces, Merquior había publicado ya cuando menos 13 libros sobre varios temas: crítica de poesía y ficción, teoría literaria, estructuralismo, cultura e ideología, poder y legitimidad. No es casual que con este extraordinario bagaje de

libros propios y extraños, de maestros y de experiencia, Merquior haya sido, a los 41 años, el miembro más joven de la Academia Brasileña de Letras.

"El mejor antídoto contra la intolerancia son los viajes", decía Bertrand Russell. Merquior educó su temple liberal gracias a su temprano ingreso a la diplomacia. En los sesentas vivió en París, regresó a Uruguay, siguió a Alemania, pasó largo tiempo como ministro consejero en Londres. Cuando llegó a México, su dominio perfecto del inglés, del francés y casi perfecto del castellano no eran sólo la expresión de su refinamiento intelectual sino de su solvencia profesional. Sin ser un devoto de la etiqueta, en su embajada las formas se respetaban con puntualidad inglesa, no a ritmo de samba, lo cual no impedía que Hilda, su mujer, aprovechara cualquier intersticio de conversación trascendental sobre Stuart Mill o Tocqueville, para deslizar, con *saudades*, alguna referencia a la música carioca.

El momento político en que Merquior pasó por México fue particularmente difícil. Arrancaba apenas la transición latinoamericana a la democracia. Cada país que sostenía una elección parecía un milagro, cada gobierno militar que pasaba a la historia parecía una fantasía. La deuda era tan gravosa entonces como ahora, pero las vías para aliviarla eran menos claras, menos prácticas. La idea de una moratoria continental pertenecía entonces al horizonte de lo posible y, en fin, el espíritu guerrillero no había entrado aún en su reciente y quizá definitiva decadencia. En esas circunstancias, Merquior cumplió un papel relevante: fue una instancia de claridad, serenidad y amplitud de alternativas en el diálogo de ambos gobiernos.

Con todo, su mayor aportación a la diplomacia brasileña en México no ocurrió en los pasillos de las cancellerías o a través de informes y télex, sino en la tertulia de su casa, con gente de cultura de este país. No es fácil recordar otro ejemplo semejante en las últimas décadas. La embajada de Brasil se volvió lugar de reunión para grupos diversos y aun encontrados de nuestra vida literaria. Allí, por momentos, se olvidaban las pequeñas y grandes mezquindades y se hablaba de libros e ideas, y de libros de ideas. Merquior invitaba a tirios y troyanos, escribía en nuestras revistas y procuraba ligarnos con publicaciones homólogas en su Brasil. Practicaba un cierto ecumenismo intelectual. Alguna vez me dijo: "Tus entrevistas pertenecen a la erótica de las ideas". Sólo a Merquior podía ocurrírsele una frase así. Las ideas pertenecían a su universo amoroso. Por eso le enorgullecía la platónica frase con que Zaid le dedicó *La economía presidencial*. Lo llamaba: "embajador de la república de las letras".

Yo sabía que, además de estas actividades, Merquior se daba tiempo para estar al día en la producción intelectual en México y preparar sus libros —más de 18 publicados entonces, algunos de ellos escritos originalmente en inglés. Cuando

confirmé que enviaba con regularidad artículos de diversa índole al *Journal do Brasil* y a varias revistas de su país, pensé que se trataba de un "divertimento". Seguramente los escribía dormido, o entre el postre y el café. Me imaginaba que sus temas podían ser tan variados como su rango de intereses en el momento —teoría de la legitimidad, filosofía de la historia, la naturaleza de la modernidad, el marxismo occidental y, desde luego, el liberalismo—, pero los abordaría como una plácida disertación para sus compatriotas. Sólo después de su muerte descubrí, para mi inmensa sorpresa, que aquel suave personaje dieciochesco que, como el doctor Johnson, no leía libros sino bibliotecas, había sido y seguía siendo, ante todo, un fiero polemista intelectual o, según sus propias palabras, un "anarquista de la cultura".

En su juventud, Merquior no se sustrajo —ninguno de esa generación pudo hacerlo— a la seducción del marxismo. Con todo, según recuerdan sus amigos, marxistas de entonces y de ahora, descreyó siempre del tronco ortodoxo de esa ideología y prefirió bordearla a través de Lukács y Gramsci. El bombardeo milenarista de la Escuela de Frankfurt lo curó de dogmatismo. El único autor al que seguiría estimando, el más excéntrico y marginal de aquellos autoritarios redentoristas, fue Walter Benjamin. Apreciaba "el noble halo utópico" que rodeaba a Benjamin, su "aguda conciencia sobre el contexto social de los textos literarios". Para Benjamin, explicaba Merquior, la crítica literaria no se agotaba en la oscura, confusa hermenéutica de los signos sino en su profundo mensaje moral.

Como ocurrió con Montesquieu, Voltaire, Constant, Tocqueville y varios otros espíritus franceses a través de la historia, Merquior experimentó una profunda transformación intelectual al vivir en Inglaterra. Por un acto reflejo de concreción intelectual, se volvió críticamente contra buena parte de su experiencia parisina, no tanto quizá contra su maestro Lévi-Strauss, sino contra París como capital ideológica del siglo XX. El postestructuralismo —de Barthes a Foucault a Derrida— y el marxismo de la Rive Gauche —de Sartre a Althusser— fueron sus temas preferidos. Para abordarlos intentó el análisis crítico de toda la genealogía estructuralista y marxista, como si no bastase cortar las ramas de los árboles ideológicos que habían arrojado, a su juicio, una sombra de caos, formalismo, anarquía, nihilismo, antimodernismo, fanatismo y sobre todo irracionalidad en la vida intelectual de Occidente. Con una vehemencia que recuerda a Leszek Kolakowski, sintió el imperativo de ejercer por cuenta propia una devastación hasta las raíces.

El paralelo con Kolakowski no es ligero. Hay un fondo polémico en la biografía intelectual del filósofo polaco; una revancha por su nación subyugada; una urgencia por desacreditar el edificio casi teológico del marxismo que entonces parecía eterno, tanto en su poder como en su poder de seducción. Kolakowski sintió que la refutación del marxismo —que había profesado de joven— requería una expiación tan dilatada como dilatada había sido su antigua ceguera.

La revancha de Merquior se dirigía no tanto a reformar sus propios extravíos ideológicos —estructuralistas y marxistas— como los de la *intelligensia* brasileña, quizá la más dogmática de este dogmático continente. Si Raymond Aron había escrito *El opio de los intelectuales* después de una visita a Brasil, su discípulo Merquior se afanaría en combatir esos

mismos mitos, contra esas mismas personas, de manera permanente. Hablar de Merquior en Brasil es hablar, ante todo, de un polemista. No hay quien olvide sus duelos a muerte (intelectual). Los marxistas, "clérigos de una religión laica", fueron sus blancos cotidianos. Al psicoanálisis, que en Brasil, como en Argentina, asume a veces las proporciones y el sentido de otra religión laica, Merquior lo definió con crueldad: "Es un juego de una sociedad adinerada que se ha vuelto profundamente narcisista, una enfermedad del intelecto". Aunque Freud y Marx no eran santos de su devoción, no era infrecuente que esgrimiera escritos de ambos contra sus disminuidos acólitos. Las teorías de Lacan le parecían meros "fuegos de artificio, afirmaciones inconsecuentes, metafisiquillas de deshecho". La vertiente folklórica de la inteligencia brasileña, la de los cantantes que con dos o tres o trescientas canciones adquieren allá el rango de intelectuales, recibió también las acometidas de Merquior.

Nada de esta formidable máquina de esgrimir se traslucía en estas tranquilas veladas de la embajada brasileña. Nada, salvo una ocasional confesión de tristeza por la hegemonía casi gramsciana de que la izquierda parecía gozar, y aún goza, en los círculos intelectuales, artísticos y académicos de Brasil y de América Latina. "¿Será posible atacar al marxismo, al psicoanálisis y al arte de vanguardia sin ser considerado reaccionario en política, ciencias humanas y estéticas?", se preguntaba Merquior. Quizá no era posible, sobre todo en ámbitos como los nuestros, en los que, por extraño que parezca, la verdad y la búsqueda de la verdad no son un valor. Le quedaba entonces el recurso de la esgrima en todo su repertorio: desde el toque mortal, epigramático ("Dialéctica, señora de costumbres fáciles"), hasta el libro inmensamente erudito sobre el marxismo o sobre Foucault, dirigido en realidad a los escritores brasileños, víctimas irresponsables y felices de la enfermedad intelectual que Merquior bautizó con la palabra perfecta: *teorrea*.

Leída con la óptica del esgrimista, la obra de Merquior adquiere un sentido distinto del puramente erudito que se le atribuyó. La ocasional sobrecarga de citas y lecturas no era un lujo o una pose para entrar a la galería, era el arsenal del que se valía para su guerra particular contra la creencia ideológica y académica que sustituye la solidez de un argumento, la claridad de un análisis, la fe en la existencia de verdades demostrativas, por un *tomo* —y nada más que eso— hecho no para conocer sino para dominar. La homologación de grandes filósofos —Nietzsche, Heidegger— con sus avatares posteriores se vuelve a veces contra el propio espíritu de pluralidad que Merquior encarnaba. La razón es la misma: lo vencía el impulso polémico, la impunidad moral de sus contrincantes, la desesperación de no convencer a quienes, en Brasil como en México, no buscan el saber más que como escala hacia el poder.

La exigencia polémica volvió, por momentos, demasiado rígida la posición de Merquior. A su admirado Drummond de Andrade, sobre quien publicó un libro, le reprocha por ejemplo sus "demonios nihilistas" y su "pasión por lo amorfo". A Joyce, Eliot, Lawrence y Huxley les reclama su escape de la historia, la paradójica condena modernista de la modernidad. Su clasicismo racional parece, por momentos, una supervivencia anacrónica del espíritu de la Ilustración, lo cual

habla bien de su cálido e inteligente humanismo pero mal de su apertura y tolerancia a corrientes literarias e intelectuales que han fermentado la libertad en Occidente tanto como los clásicos del liberalismo. En lo personal, el corazón de la crítica de Merquior a la *teoría* marxista me convence más que su condena del estructuralismo y mucho más que su posición frente al irracionalismo. Hay visiones que Merquior consideraba demasiado aleatorias, excéntricas, misteriosas, que ocultaban semillas de revelación invisibles para un pensamiento demasiado cercano al siglo XVIII. Hay nihilismos liberadores.

De alguna forma, sospecho que Merquior lo sabía. Sabía que su obra reclamaba con urgencia una síntesis hacia la afirmación y la encontró, desde luego, en el liberalismo. En una ocasión conversamos sobre un posible proyecto sobre los clásicos del pensamiento liberal. Merquior se entusiasmó con la idea. Me detalló los nombres de los principales especialistas en temas y autores en las universidades de Occidente y me vinculó con las revistas donde publica la nueva generación de pensadores liberales (*Critical Review*, por ejemplo). Mucho tiempo después supe que preparaba —según sus propias palabras— “un libro liberal sobre el liberalismo, escrito por alguien que piensa que el liberalismo, entendido con propiedad, resiste cualquier refutación”.

El libro, publicado originalmente en inglés —alguien dijo, con buen humor, que Merquior era el escritor brasileño más traducido al portugués—, es un lienzo generoso e inteligente sobre las grandes corrientes del liberalismo, desde sus primeras fuentes modernas e ilustradas hasta sus ramas en los dos últimos siglos. En las clásicas historias del liberalismo europeo, los autores suelen privilegiar la aportación de sus países. Inglaterra ostenta a Locke y Stuart Mill, Francia a Constant, Guizot y Tocqueville, Italia a Mazzini y Croce. Desde su excentricidad latinoamericana Merquior goza de una perspectiva menos provinciana, más universal. Estudia a aquellos santos del liberalismo europeo clásico, pero los complementa geográficamente. No sin antes recordar, con orgullo, que el sustantivo *liberal* tuvo su origen en las Cortes españolas de 1810, Merquior incluye a Herzen, Madison, Sarmiento, Ortega y Weber. (Pequeñas acotaciones: es extraña su omisión de Russell. Por otra parte, debió mencionar a algún mexicano; no hay muchos, pero los hay: desde el doctor Mora hasta Cosío Villegas). Tan penetrante como su tratamiento de los liberalismos conservadores, es su disección cuidadosa de los liberalismos nuevos. Merquior distingue en el siglo XX cinco corrientes liberales: el liberalismo de izquierda de entreguerras —Kelsen y Keynes—, el moralismo liberal de la postguerra —Popper—, el neoliberalismo puro —Von Mises y Hayek— el neocontractualismo de Rawls, Nozick y Bobbio y, finalmente, el liberalismo sociológico de Raymond Aron.

No es casual que *Liberalism, Old and New*, esté dedicado a la memoria de Raymond Aron. El pensamiento de Aron aportó los elementos fundamentales a la síntesis moral que buscaba Merquior. Ante todo, su deslinde por partida doble, de la secta liberal de Hayek y, desde luego, de las posturas neoconservadoras inglesas o norteamericanas. En nuestros países, donde por ignorancia o mala fe se ha amalgamado a todos los pensadores ajenos u opuestos a la izquierda como reaccionarios, se ha perdido el matiz esencial en el juicio de las ideas. La voluntad de descalificación enturbia cualquier posibilidad de distinción. Y distinguir es lo que, ante todo,

logra Merquior. Mientras que Hayek ignora las mediaciones sociales entre libertad y constreñimiento, pugna por un Estado mínimo y ha llegado a poner en tela de juicio la funcionalidad de la democracia para los fines del individualismo, Aron desemboca en un reforzamiento del constitucionalismo, tema liberal si los hay. Por otra parte, “Aron —escribe Merquior— no cerró los ojos al papel del Estado, fuente de leyes y servicios, en la evolución social de nuestro tiempo... Su *Ensayo sobre las libertades* (1965) contiene una defensa de la síntesis democrático-liberal, mezcla de las libertades individuales clásicas y de los derechos sociales modernos”. “Hay además en Aron —continúa Merquior— un rechazo que no por ser sobrio, como siempre, es menos rotundo: el rechazo de confundir la libertad con el privilegio”.

La tradición que Merquior defendía al dedicar su libro a Aron fue la que fundaron Constant y Tocqueville. Los liberales franceses tenían una formación más jurídica e histórica que la de sus contrapartes ingleses —Stuart Mill, por ejemplo, era filósofo y economista— y sin caer en el sociologismo estaban más habituados a tomar en cuenta los condicionamientos históricos y sociales de las instituciones políticas. A través de este “modo liberal-sociológico” que transforma y enriquece al liberalismo insular anglosajón, Aron siguió a Tocqueville y Merquior siguió a Aron. Este “joven que había leído todo”, lo había leído principalmente a él.

Hace casi dos años, antes de que saliera de México para ocupar la embajada de su país en la UNESCO, comimos solos. Una vaga sombra de preocupación lo asaltaba de pronto: esperaba diagnósticos delicados o los había recibido ya. Hablando de libros las nubes se disipaban: prometí enviarle la edición mexicana en Vuelta de *El marxismo occidental*. Él, por su parte, me tendría al tanto de los últimos progresos de la crítica liberal al universo de los colectivismos y estatismos que entonces, sin que lo sospecharamos, estaban a punto de desmoronarse por la acción, no de las teorías, sino de los pueblos. Al margen de los cambios políticos en el Este, los adictos latinoamericanos a la *teoría* seguían allí. Su mera existencia nos vinculaba. Había que seguirlos combatiendo. Antes de despedirnos subimos a la biblioteca, donde no resistió abrir con júbilo infantil un paquete. Era el célebre estudio de teología política medieval de Kantorowitz: *Los dos cuerpos del rey*. Allí estaba Merquior frente al libro que tocaba las raíces más profundas, las raíces finales de la dimensión humana que construyó la libertad: el poder.

Pasaron meses sin noticias. Lo invitamos al Encuentro Vuelta: “El siglo XX: la experiencia de la libertad”. Cuando llegó era difícil reconocerlo, tal era su palidez y tanto peso había perdido. Pero estaba en una fiesta de la libertad y entre pensadores que admiraba. Reunió todas sus fuerzas e intervino varias veces con inmenso brillo. Su mensaje iba dirigido —como siempre— al intelectual hegemónico que en nuestro medio, y a pesar de las transformaciones copernicanas del mundo actual, mantiene de alguna manera su oposición a las transformaciones democráticas y liberales en política y economía. Esa postura, sostuvo Merquior, tiene su origen en la creencia —antimoderna, antihistórica y, ésa sí, esencialmente reaccionaria— de que Latinoamérica no pertenece a Occidente.

Pero lo que más me inquieta —dijo Merquior— es que en estos

